





# LAS SIETE HERMANAS



LUCINDA RILEY

# LAS SIETE HERMANAS

La historia de Maia

Traducción de  
Sheila Espinosa Arribas  
y Matuca Fernández de Villavicencio

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original: *The Seven Sisters*

Primera edición: abril, 2016

THE SEVEN SISTERS (Book 1)

Copyright © Lucinda Riley, 2014

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Sheila Espinosa Arribas

y Matilde Fernández de Villavicencio, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-01719-3

Depósito legal: B-3.531-2016

Compuesto en Revertex, S. L.

Impreso en Cayfosa  
(Barcelona)

L 0 1 7 1 9 3

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para mi hija, Isabella Rose*





Todos estamos en el fango,  
pero algunos miramos las estrellas.

OSCAR WILDE





# *Listado de personajes*

## ATLANTIS

Pa Salt – padre adoptivo de las hermanas (fallecido)

Marina (Ma) – tutora de las hermanas

Claudia – ama de llaves de Atlantis

Georg Hoffman – abogado de Pa Salt

Christian – patrón del yate

## LAS HERMANAS D'APLIÈSE

Maia

Ally (Alción)

Star (Astéropé)

CeCe (Celeno)

Tiggy (Taygeta)

Electra

Méropé (ausente)



*Maia*

Junio de 2007



*Cuarto creciente*

13; 16; 21



# 1

**S**iempre recordaré con exactitud dónde me encontraba y qué estaba haciendo cuando me enteré de que mi padre había muerto.

Estaba en Londres, sentada en el hermoso jardín de la casa de mi vieja amiga del colegio, con un ejemplar de *Penélope y las doce criadas* abierto pero sin leer sobre el regazo y disfrutando del sol de junio mientras Jenny recogía a su pequeño de la guardería.

Me sentía tranquila y agradecida por la excelente idea que había sido disfrutar de unas vacaciones.

Estaba observando las clemátides en flor, alentadas por su soleada comadrona a dar a luz un torrente de color, cuando me sonó el móvil. Miré la pantalla y vi que era Marina.

—Hola, Ma, ¿cómo estás? —dije con la esperanza de que también ella pudiera percibir el calor en mi voz.

—Maia...

Se quedó callada y enseguida supe que algo iba terriblemente mal.

—¿Qué ocurre?

—Maia, no hay una manera fácil de decirte esto. Ayer por la tarde tu padre sufrió un ataque al corazón en casa y... ha fallecido esta madrugada.

Guardé silencio mientras un millón de pensamientos absurdos me daban vueltas en la cabeza. El primero fue que Marina, por la razón que fuera, había decidido gastarme una broma de mal gusto.

—Eres la primera de las hermanas a la que se lo digo, Maia, porque eres la mayor. Quería preguntarte si prefieres contárselo tú a las demás o que lo haga yo.

—Yo...

Continuaba sin poder articular palabras coherentes, ya que empezaba a comprender que Marina, mi querida y amada Marina, la mujer que había sido lo más parecido que había tenido a una madre, jamás me diría algo como aquello si no fuera verdad. De modo que tenía que ser cierto. Y de repente todo mi mundo se tambaleó.

—Maia, por favor, dime que estás bien. Es la llamada más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida, pero ¿qué otra opción tenía? No quiero ni imaginarme cómo van a tomárselo las demás chicas.

Fue entonces cuando oí el sufrimiento en su voz y comprendí que Marina había necesitado contármelo no solo por mí, sino también por ella. Así que volví a mi papel de siempre, que consistía en consolar a los demás.

—Por supuesto que yo misma se lo diré a mis hermanas si así lo prefieres, Ma, aunque no estoy segura de saber dónde están todas. ¿No está Ally entrenando para una regata?

Mientras hablábamos del paradero de cada una de mis hermanas pequeñas, como si necesitáramos reunir las para una fiesta de cumpleaños y no para llorar la muerte de nuestro padre, la conversación se tornó un tanto surrealista.

—¿Para cuándo crees que deberíamos programar el funeral? Con Electra en Los Ángeles y Ally en alta mar, lo más seguro es que no podamos celebrarlo hasta la próxima semana como muy pronto —dije.

—Bueno... —La voz de Marina era vacilante—. Creo que lo mejor será que lo hablemos cuando llegues a casa. En realidad ya no hay prisa, Maia. Si prefieres pasar los dos días de vacaciones que te quedan en Londres, adelante. Aquí ya no podemos hacer nada más por él...

La tristeza le apagó la voz.

—Ma, tomaré el primer vuelo disponible a Ginebra. Voy a



llamar a la compañía aérea ahora mismo y luego intentaré hablar con mis hermanas.

—Lo siento muchísimo, *chérie* —dijo Marina con pesar—. Sé lo mucho que lo querías.

—Sí —dije, y la extraña serenidad que había experimentado mientras discutíamos los preparativos me abandonó bruscamente, como la calma antes de la tormenta—. Te llamaré más tarde, cuando sepa a qué hora llego.

—Cuídate mucho, Maia, por favor. Has sufrido un golpe terrible.

Pulsé el botón para terminar la llamada y, antes de que los nubarrones de mi corazón se abrieran y me ahogaran, subí a mi cuarto para buscar mi billete de avión y telefonar a la compañía aérea. Me pusieron en espera y, entretanto, miré la cama donde aquella misma mañana había despertado para disfrutar de otro día tranquilo. Y agradecí a Dios que los seres humanos no tuviéramos el poder de predecir el futuro.

La mujer que al cabo de un rato me atendió no destacaba por su amabilidad y, mientras me hablaba de vuelos llenos, recargos y detalles de la tarjeta de crédito, supe que mi dique emocional estaba a punto de romperse. Cuando al fin me asignó de mala gana un asiento en el vuelo de las cuatro a Ginebra, lo cual significaba hacer la maleta de inmediato y tomar un taxi a Heathrow, me senté en la cama y me quedé mirando el papel de ramitas de la pared durante tanto rato que el dibujo empezó a bailar ante mis ojos.

—Se ha ido —susurré—. Se ha ido para siempre. Nunca volveré a verlo.

Esperaba que pronunciar aquellas palabras desatara un torrente de lágrimas, así que me sorprendió que en realidad no ocurriera nada. Me quedé allí sentada, aturdida, con la cabeza todavía llena de detalles prácticos. La idea de darles la noticia a mis hermanas —a las cinco— me espantaba, y repasé mi archivo emocional para decidir a cuál de ellas llamaría primero. Inevitablemente, a Tiggy, la penúltima de las seis chicas y a la que siempre me había sentido más unida.

Con dedos temblorosos, busqué su número en el móvil y lo marqué. Cuando me salió el buzón de voz no supe qué decir, salvo algunas palabras embrolladas pidiéndole que me llamara de inmediato. En aquel momento se hallaba en algún lugar de las Highlands de Escocia trabajando en un centro para ciervos salvajes huérfanos y enfermos.

En cuanto al resto de mis hermanas... sabía que sus reacciones irían, al menos en apariencia, desde la indiferencia hasta el melodrama más espectacular.

Dado que en aquel instante no estaba segura del grado que alcanzaría mi propia pena cuando hablara con ellas, opté por la vía cobarde y les envié un mensaje de texto en el que les pedía que me telefonaran lo antes posible. Después hice la maleta a toda prisa y bajé por la angosta escalera hasta la cocina para escribirle a Jenny una nota explicándole el motivo por el que había tenido que marcharme así.

Decidida a correr el riesgo de intentar parar un taxi en las calles de Londres, salí de la casa y eché a andar a buen ritmo por la arbolada calle curva de Chelsea, tal como haría una persona normal en un día normal. Creo que hasta saludé a alguien que paseaba a su perro cuando me lo crucé en la acera y que alcancé a esbozar una sonrisa.

«Nadie podría imaginar lo que acaba de sucederme», pensé mientras conseguía un taxi en la concurrida King's Road y, tras subirme, le pedía al conductor que me llevase a Heathrow.

Nadie podría imaginarlo.

Cinco horas después, cuando el sol descendía lentamente sobre el lago de Ginebra, llegué a nuestro muelle privado, donde emprendería la última etapa de mi regreso a casa.

Christian ya estaba esperándome en nuestra elegante lancha Riva. Y por la expresión de su cara, supe que estaba al tanto de lo sucedido.

—¿Cómo está, señorita Maia? —preguntó con una empática mirada azul al tiempo que me ayudaba a subir.

—Bueno... contenta de estar aquí —respondí en tono neutro mientras me dirigía al fondo de la lancha y tomaba asiento en el acolchado banco tapizado en piel de color crema que seguía la forma curva de la popa.

Normalmente me habría acomodado con Christian en el sitio del copiloto para surcar a gran velocidad las tranquilas aguas durante el trayecto de veinte minutos hasta casa. Pero aquel día necesitaba intimidad. Cuando encendió el potente motor, el sol ya se reflejaba en los ventanales de las magníficas casas que bordeaban las orillas del lago de Ginebra. Muchas veces, al realizar aquel trayecto había sentido que era la puerta de entrada a un mundo etéreo desconectado de la realidad.

El mundo de Pa Salt.

Sentí el primer escozor de las lágrimas en los ojos al pensar en el apodo de niña que había puesto a mi padre. Siempre le había encantado navegar, y cuando después de hacerlo regresaba a nuestra casa del lago, olía a aire fresco y a mar. El sobrenombre, por algún motivo, se le quedó, y mis hermanas también lo adoptaron a medida que fueron llegando.

Cuando la lancha aceleró y el viento cálido me acarició el pelo, pensé en los cientos de trayectos que había hecho hasta entonces a Atlantis, el castillo de cuento de hadas de Pa Salt. Inaccesible por tierra debido a que estaba ubicado sobre un promontorio privado con un escarpado terreno montañoso detrás, solo se podía llegar hasta él en barco. Los vecinos más cercanos se hallaban a varios kilómetros de distancia a lo largo del lago, de modo que Atlantis era nuestro reino privado, separado del resto del mundo. Todo cuanto contenía era mágico... como si Pa Salt y nosotras —sus hijas— hubiéramos vivido allí bajo un encantamiento.

Pa Salt nos había escogido y adoptado de bebés, procedentes de todos los rincones del planeta, y nos había llevado a casa para vivir bajo su protección. Y cada una de nosotras, como le gustaba decir a Pa, era especial, diferente... éramos sus niñas. Nos había puesto los nombres de las Siete Hermanas, su cúmulo de estrellas favorito, de las que Maia era la primera y la más antigua.

De niña Pa Salt me llevaba a su observatorio de cristal, construido en lo alto de la casa, me aupaba con sus manos grandes y fuertes y me hacía mirar el cielo nocturno a través de su telescopio.

—Ahí está —decía al tiempo que ajustaba el objetivo—. Mira, Maia, tú llevas el nombre de esa estrella tan bonita y brillante.

Y yo la veía. Mientras él explicaba las leyendas que constituían el origen de mi nombre y los de mis hermanas, apenas le prestaba atención, me limitaba a disfrutar de la fuerza con que me estrechaban sus brazos, plenamente consciente de ese momento raro y especial en que lo tenía para mí sola.

Yo al fin había comprendido que Marina, a quien durante mi infancia había tomado por mi madre —incluso le había reducido el nombre a «Ma»—, era una niñera contratada por Pa para que cuidara de mí durante sus largas ausencias. Pero, sin duda, Marina era mucho más que una niñera para todas nosotras. Era la persona que nos había secado las lágrimas, reprendido por descuidar nuestros modales a la mesa y dirigido con serenidad en la difícil transición de la infancia a la adultez.

Siempre había estado ahí, y no podría haberla querido más si me hubiese traído a este mundo.

Durante los tres primeros años de mi niñez, Marina y yo vivimos solas en nuestro castillo mágico a orillas del lago de Ginebra mientras Pa Salt viajaba por los siete mares gestionando su negocio. Luego, una a una, empezaron a llegar mis hermanas.

Normalmente, Pa me llevaba un detalle cuando regresaba a casa. Yo oía que la lancha se acercaba y echaba a correr por el césped, entre los árboles, para recibirlo en el muelle. Como cualquier niño, quería ver lo que escondía en sus bolsillos mágicos para mi deleite. En una ocasión en particular, no obstante, después de regalarme un reno tallado en madera con exquisitez, que me aseguró provenía del taller del mismísimo Papá Noel en el Polo Norte, detrás de él asomó una mujer uniformada que llevaba en los brazos un bulto envuelto en un chal. Y el bulto se movía.

—Esta vez, Maia, te he traído un regalo muy especial. Tienes una hermana. —Pa Salt me sonrió y me cogió en brazos—. A partir de ahora ya no estarás sola cuando tenga que ausentarme.

A partir de ese día mi vida cambió. La enfermera que había acompañado a Pa desapareció al cabo de unas semanas y Marina asumió el cuidado de mi hermana. Yo no conseguía entender que aquella cosa pelirroja y berreona que a menudo apestaba y me robaba protagonismo fuera un regalo. Hasta una mañana en que Alción —llamada como la segunda estrella de las Siete Hermanas— me sonrió desde lo alto de su trona en el desayuno.

—Sabe quién soy —le dije maravillada a Marina, que le estaba dando de comer.

—Pues claro, mi querida Maia. Eres su hermana mayor, la persona a la que tomará como ejemplo. Tendrás la responsabilidad de enseñarle muchas cosas que tú sabes y ella no.

Y cuando creció se convirtió en mi sombra. Me seguía a todas partes, algo que me gustaba e irritaba en igual medida.

—¡Maia, espera! —gritaba mientras trataba de alcanzarme con pasitos tambaleantes.

A pesar de que al principio Ally —que fue como la apodé— había sido una incorporación indeseada a mi existencia de ensueño en Atlantis, no podría haber pedido una compañera más dulce y adorable. Raras veces lloraba, y tampoco tenía los berrinches propios de los niños de su edad. Con sus alborotados rizos pelirrojos y sus grandes ojos azules, Ally poseía un encanto natural que atraía a la gente, incluido nuestro padre. Cuando Pa Salt estaba en casa entre un viaje y otro, me daba cuenta de que al verla los ojos se le iluminaban con un brillo que yo no despertaba. Y mientras que yo era tímida y reservada con los desconocidos, Ally era tan extravertida y confiada que enseguida se ganaba el cariño de la gente.

También era una de esas niñas que destacaban en todo, especialmente en la música y en cualquier deporte relacionado con el agua. Recuerdo a Pa enseñándole a nadar en nuestra enorme piscina y, mientras que a mí me había costado ser capaz de permanecer a flote y superar el miedo a bucear, mi hermana pequeña parecía una sirena. Yo era incapaz de mantener el equilibrio incluso en el *Titán*, el enorme y precioso yate de Pa, pero Ally siempre le suplicaba que la llevara en el pequeño Laser que tenía

amarrado en nuestro embarcadero privado. Yo me acuclillaba en la estrecha popa mientras Pa y Ally tomaban las riendas de la embarcación y surcábamos las aguas cristalinas a toda velocidad. La pasión de ambos por la navegación los unía de una manera que yo sabía que nunca podría igualar.

A pesar de que Ally había estudiado música en el Conservatoire de Musique de Genève y era una talentosa flautista que habría podido forjarse una carrera en una orquesta profesional, tras dejar la escuela de música eligió dedicarse por completo a la navegación. Ahora competía regularmente en regatas y había representado a Suiza en varias ocasiones.

Cuando Ally tenía casi tres años, Pa llegó a casa con nuestra siguiente hermana, a la que llamó Astéroe, como la tercera de las Siete Hermanas.

—Pero la llamaremos Star —dijo sonriéndonos a Marina, a Ally y a mí mientras examinábamos a la nueva incorporación a la familia, que descansaba en el moisés.

Para entonces yo ya asistía todas las mañanas a clases con un profesor particular, de modo que la llegada de la nueva hermana me afectó menos de lo que lo había hecho la de Ally. Transcurridos apenas seis meses, otro bebé se sumó a nosotras, una niña de doce semanas llamada Celeno, nombre que Ally enseguida redujo a CeCe.

Solo había tres meses de diferencia entre Star y CeCe y, desde donde me alcanza la memoria, siempre estuvieron muy unidas. Parecían casi gemelas y compartían un particular lenguaje de bebés que, en parte, todavía empleaban hoy día para comunicarse. Vivían en un mundo privado que excluía a las demás hermanas. E incluso ahora, a sus veintitantos años, todo seguía igual. CeCe, la menor de las dos, era la que mandaba, y su cuerpo moreno y robusto contrastaba sobremedida con la figura blanca y delgada de Star.

Al año siguiente llegó otro bebé, Taygeta, a quien apodé «Tiggy», porque su pelo corto y oscuro salía disparado en todas direcciones desde su diminuta cabeza y me recordaba al erizo del célebre cuento de Beatrix Potter.

Para entonces yo tenía siete años, y sentí una conexión especial con Tiggy en cuanto la vi. Era la más delicada de todas nosotras y contraía una enfermedad infantil tras otra, pero incluso de bebé era estoica y poco exigente. Cuando unos meses después Pa llevó a casa a otra niña, llamada Electra, Marina, exhausta, empezó a pedirme que hiciera compañía a Tiggy, que siempre tenía fiebre o anginas. Al final le diagnosticaron asma y raras veces la sacaban de casa para pasear en el cochecito por miedo a que el aire frío y la espesa niebla del invierno de Ginebra le afectasen al pecho.

Electra era la menor de mis hermanas y el nombre le iba que ni pintado. Para entonces yo ya estaba acostumbrada a los bebés y sus exigencias, pero mi hermana menor era, sin la menor duda, la más difícil de todas. En ella todo era eléctrico; su habilidad innata para pasar en un segundo de la oscuridad a la luz y viceversa hizo que nuestra casa, tranquila hasta ese momento, temblara cada día con sus agudos chillidos. Las rabieta de Electra resonaron a lo largo de mi infancia, y con los años su fuerte temperamento no se aplacó.

En privado, Ally, Tiggy y yo teníamos un apodo para ella: las tres la conocíamos como «Polvorín». Todas andábamos con pies de plomo en su presencia por temor a hacer algo que pudiera provocar un repentino cambio de humor. Reconozco que había momentos en que la detestaba por alterar la vida en Atlantis.

Y sin embargo, si Electra sabía que alguna de las hermanas estaba en apuros, era la primera en ofrecer su ayuda y apoyo. Igual que era capaz de mostrar un gran egoísmo, en otras ocasiones su generosidad no le iba a la zaga.

Después de Electra, todo Atlantis esperaba la llegada de la Séptima Hermana. A fin de cuentas, llevábamos los nombres del cúmulo de estrellas favorito de Pa Salt y no estaríamos completas sin ella. Hasta conocíamos su nombre —Mérope— y nos preguntábamos cómo sería. Pero pasó un año, y luego otro, y otro, y ningún bebé más llegó a casa con nuestro padre.

Recuerdo como si fuera hoy un día que estaba con él en su observatorio. Yo tenía catorce años y me faltaba poco para con-

vertirme en mujer. Estábamos esperando un eclipse, los cuales, según Pa, eran momentos trascendentales para la humanidad y normalmente producían cambios.

—Pa —dije—, ¿traerás algún día a casa a nuestra séptima hermana?

Su cuerpo, fuerte y protector, pareció quedarse petrificado unos segundos. De repente dio la sensación de cargar con todo el peso del mundo sobre los hombros. Aunque no me miró, pues seguía concentrado en ajustar el telescopio para el inminente eclipse, supe al instante que lo que había dicho le había afectado.

—No, Maia, no la traeré. Porque no la he encontrado.

Cuando el familiar seto de píceas que protegía nuestra casa del lago de las miradas ajenas asomó a lo lejos, divisé a Marina esperando en el embarcadero y al fin empecé a asumir la terrible verdad de la pérdida de Pa.

Y comprendí que el hombre que había creado el reino en el que todas habíamos sido sus princesas ya no estaba para mantener vivo el encantamiento.